



Federación Nacional
de Cafeteros de Colombia

90 años
Vivir el café
y sembrar
el futuro

1927-2017



Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, 1927-2017

90 años

Vivir el café
y sembrar el futuro

Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, 1927-2017

90 años

Vivir el café
y sembrar el futuro

EDITORES ACADÉMICOS

Karim León Vargas · Juan Carlos López Díez



Federación Nacional de Cafeteros de Colombia 1927-2017, 90 años. Vivir el café y sembrar el futuro.
/ Álvaro Tirado Mejía... [et al]; Karim León Vargas, Juan Carlos López Díez, editores-- Medellín: Editorial EAFIT, 2017, 200 p.; 28 cm. (Ediciones Universidad EAFIT)

ISBN 978-958-720-429-2

Federación Nacional de Cafeteros de Colombia - Historia. 2. Café - Colombia - Historia. Tít. II. Serie. III. León Vargas, Karim, edit. IV. López Díez, Juan Carlos, edit. V. Mejía Arango, Juan Luis, presentación. VI. Santos Calderón, Juan Manuel, prólogo. VII. Vélez Vallejo, Roberto, introducción.

338.17373 cd 23 ed.

F293

Universidad EAFIT- Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

© **Federación Nacional de Cafeteros de Colombia**
© **Universidad EAFIT**

Primera edición: junio de 2017

© AUTORES: Álvaro Tirado Mejía, Juan Carlos López Díez, José Roberto Álvarez Múnera, Roberto Vélez Vallejo, José Leibovich, Nancy González Sanguino, Carlos Armando Uribe Fandiño, Román Medina Bedoya.
© AUTORES de los recuadros: Karim León Vargas, Sandra Patricia Ramírez Patiño, Indira Daliana Sánchez Torregrosa, Ana María Mesa Bedoya, Juan Sebastián Marulanda Restrepo.

© Juan Luis Mejía Arango, por la presentación.
© Juan Manuel Santos Calderón, por el prólogo.
© Roberto Vélez Vallejo, por la introducción.
© Karim León Vargas, por la investigación gráfica.
© Fotografía: Catalina Londoño Carder.

Editores académicos: Karim León Vargas, Juan Carlos López Díez.
Coordinación de investigación histórica: Sandra Patricia Ramírez Patiño.
Corrección de textos: Juan Fernando Saldarriaga Restrepo.
Diseño y diagramación: Cristina Londoño Carder.
Asistencia en la investigación histórica y gráfica: Ana María Mesa Bedoya.
Asistencia en la investigación histórica: Leidy Johanna Lezcano García, Leidy Diana Uribe Betancur, Andrea Velásquez Ochoa, Rubén Darío Molina Palacio.
Coordinación administrativa del proyecto: Adriana García Grasso, directora Innovación EAFIT.

Cubierta: Jorge Cárdenas Hernández, *Las chapoleras*, 1957, mural al temple, 226×176 cm.
Colección de Artes Visuales, Museo Universitario, Universidad de Antioquia.
Fotógrafo: Robinson Henao Cañón.

ISBN: 978-958-720-429-2

Impresión: Editorial Artes & Letras S.A.S

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en forma alguna o por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el previo permiso escrito de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia y de la Universidad EAFIT.

[Página siguiente] Henry Louis Duperly e hijo, Hacienda La Palmita de Pedro Belarmino Plata, Páramo, Santander, 1894.] “Colombia: recolección – las chapoleras”, Roselius & Co. *Darstellung des kaffeebaues in Columbien*. Bremen: Roselius, 1910, lámina 9.



Contenido

PRÓLOGO	Café: el cultivo del desarrollo y de la paz 11 <i>Juan Manuel Santos</i>
PRESENTACIÓN	Noventa años bajo la sombra del café 17 <i>Juan Luis Mejía Arango</i>
INTRODUCCIÓN	La Federación Nacional de Cafeteros de Colombia en sus 90 años de vida: logros y retos 21 <i>Roberto Vélez Vallejo</i>
	1. Medio siglo de producción cafetera: desde el inicio hasta la Federación 31 <i>Álvaro Tirado Mejía</i>
	2. Federación de Cafeteros: la magna alianza público-privada (1927-1989) 61 <i>Juan Carlos López Díez</i>
	3. La reinención de la caficultura en tiempos de libre mercado (1989-2015) 115 <i>José Roberto Álvarez Múnera</i>
TESTIMONIOS	Don Jorge Cárdenas Gutiérrez, exgerente de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia 161 <i>José Leibovich · Nancy González Sanguino · Román Medina Bedoya</i>
	Roberto Junguito Bonnet, exministro de Hacienda y Crédito Público y de Agricultura y Desarrollo Rural 177 <i>José Leibovich · Nancy González Sanguino · Román Medina Bedoya</i>
	Deibi, un símbolo de empalme generacional 187 <i>Carlos Armando Uribe F.</i>
	Fuentes y Bibliografía 191
	Agradecimientos 199



PRÓLOGO

Café: el cultivo del desarrollo y de la paz

De antemano presento excusas a los lectores de este prólogo –un encargo que me llena de alegría– por las referencias personales que haré, pero debo confesar, desde el inicio, que me es imposible separar la historia del café y de la Federación Nacional de Cafeteros de mi propia trayectoria, pues de los 90 años que cumple esta entidad, yo he estado vinculado a ella –de una u otra forma– desde hace 45, vale decir, durante la mitad de su existencia institucional.

En efecto, en 1972, recién egresado de la carrera de Economía en la Universidad de Kansas, mi primer trabajo fue en la Federación. Inicialmente me iban a enviar al Comité del Huila, pero finalmente fui asignado al Área de Comunicaciones y Relaciones Públicas.

Recuerdo con especial afecto mi encuentro con la tierra cafetera en Chinchiná, Caldas, en la maravillosa planta de café liofilizado que

allí opera la Federación, cuya inauguración me correspondió organizar. Bajo la severa pero inigualable tutoría de don Arturo Gómez Jaramillo, descubrí que la esencia de nuestra nación pasa fundamentalmente por la caficultura.

Y me enamoré del proceso cafetero, de ese exquisito camino que va desde el cafetal en nuestras montañas y zonas rurales hasta la aromática taza que se sirve en cualquier casa, oficina o restaurante de Colombia o del mundo.

Y ahora que hago referencia a ese gran hombre –casi un segundo padre para mí– que fue Arturo Gómez Jaramillo, debo recordar a otros buenos líderes que dirigieron los destinos cafeteros en nuestro país, como Mariano Ospina Pérez, Manuel Mejía, Jorge Cárdenas Gutiérrez, Gabriel Silva, Luis Genaro Muñoz y ahora Roberto Vélez, a quien le correspondió continuar la modernización de la Federación para enfrentar los retos actuales de nuestro grano.

[Página anterior]
Armando Villegas, *Virgen del café*, óleo sobre lienzo, 160 x 110 cm. Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, Bogotá.
Fotógrafa: Catalina Londoño Carder.

Fue precisamente Gómez Jaramillo quien me envió a Londres, todavía en la década de los setenta, como representante de la Federación ante la Organización Internacional del Café. Muchas batallas me tocó librar allá –donde estuve por casi 10 años– para defender a los cultivadores colombianos en el Pacto Cafetero, un pacto que hoy es historia pero que le trajo inmensos beneficios a la caficultura y al país.

A menudo declaro que aprendí la importancia del diálogo y la concertación en la Federación Nacional de Cafeteros, donde la concertación es ley, y donde las políticas se fijan conjuntamente entre el gobierno y caficultores. ¡Quién iba a decir que esa lección me serviría más tarde para lograr el acuerdo de paz más relevante en la historia reciente de nuestro país!

Y no es lo único que he aprendido de los cafeteros. De este gremio he aprendido el orgullo de trabajar el campo, el valor de la tierra, la tenacidad de colombianos que no se rinden ante las adversidades.

El gremio cafetero –que cuenta con la admiración y cariño de todos los colombianos– agrupa a más de medio millón de familias dedicadas a la caficultura a lo largo y ancho del país, lo que lo convierte en un factor indiscutible de bienestar comunitario y de fortalecimiento del tejido social.

Esas cientos de miles de familias cafeteras son la razón de ser de esta institución.

En estos primeros 90 años, hay que destacar los hitos que cambiaron la historia del grano y de Colombia, como la fundación de Cenicafe como centro de investigación, en 1938, y la creación del Fondo Nacional del Café, en 1940, bajo la presidencia de mi tío-abuelo Eduardo Santos.

Hay que recordar también a Almacafé, creada en los cincuenta para el apoyo logístico, de almacenamiento y de control de calidad; a las cooperativas de caficultores fundadas a comienzo de los sesenta, y a esos cafés especiales que hoy estamos cultivando y comercializando para marcar la diferencia.

Por supuesto, no es posible hablar de la Federación sin mencionar a Juan Valdez, cuyos 50 años celebramos en el año 2010, una imagen que ha llevado nuestro café a los confines del mundo y que, a partir de 2002, cuando inició la actividad de Procafecol, ha servido el mejor café en sus tiendas comprometidas con la calidad.

Al lado de estos progresos, la Federación se ha consolidado como una entidad respetada y respetable a nivel nacional e internacional, que ha dado voz a muchos productores anónimos y es la entidad solidaria más importante del mundo agrícola.

Porque la vigencia de la Federación a través del tiempo ha estado y seguirá marcada por su estructura democrática que ha permitido la participación de todos en la construcción de la política cafetera.

Precisamente, este año del nonagésimo aniversario avanzaron en un proceso concertado –no puede ser de otra forma en este gremio– para la redacción y aprobación de sus nuevos estatutos.

Mi vinculación con el café no terminó, sin embargo, cuando dejé de trabajar con la Federación. Por el contrario, nos esperaban muchas batallas por librar juntos. Porque siempre he sido un convencido de que los colombianos le debemos mucho al café y de que su fortalecimiento es el de toda la nación. “Lo que es bueno para el café, es bueno para Colombia”, ha sido mi lema.

Nuestro grano está en el alma de la prosperidad, la equidad y la estabilidad política de la nación. No en vano la Comisión de Ajuste de la Institucionalidad Cafetera –que creamos en el 2001, siendo yo ministro de Hacienda– designó a la caficultura como el Capital Social Estratégico del Campo Colombiano.

Precisamente, como cabeza de la cartera de las finanzas, a comienzos del siglo XXI, tuve la oportunidad de apoyar al sector cafetero en su peor crisis, cuando los precios inter-

nacionales bajaron a niveles de 45 centavos de dólar la libra.

Fue entonces cuando creamos el Apoyo Gubernamental a la Caficultura (AGC), un alivio directo a los caficultores –el primero desde los tiempos de don Esteban Jaramillo a comienzos de los treinta– que representó asignaciones del Presupuesto Nacional, entre 2002 y 2004, por un total de 450 mil millones de pesos (a pesos de hoy).

Además de ese alivio directo al ingreso de los cafeteros, también trabajamos con las autoridades cafeteras para defender las finanzas del Fondo Nacional del Café, el instrumento más fundamental en la colaboración entre el gremio y el Gobierno nacional.

Además, con la creación de la Comisión de Ajuste, que produjo el ya legendario “Libro Verde”, le definimos un rumbo nuevo a la caficultura que le ha permitido a los cultivadores del grano beneficiarse de la más profunda transformación del sector en décadas.

La política de valor agregado; los cafés especiales; el apalancamiento de las marcas y de Juan Valdez; la venta de los activos no cafeteros; la eliminación de la discrecionalidad en la determinación de la contribución cafetera; la liberación del comercio de café, y –ante todo– la democratización de la Federación y el acceso de todos los cafeteros, sin distinción

de tamaño o región, a los órganos decisores de la institución... todas estas han sido revoluciones que se inspiraron en ese trabajo pionero que tuve la oportunidad de presentar, con la Comisión, ante los cafeteros.

Luego, siendo ministro de Defensa, pusimos en marcha la política de “Eje Seguro” para recuperar la seguridad en la tradicional región cafetera. Hace una década, cuando se celebraban los 80 años de la Federación, firmamos el convenio con los cafeteros que nos permitió eliminar el secuestro y el terrorismo a lo largo y ancho de esta zona.

Pero las crisis no terminaron con la de comienzos de siglo. En un sector como el cafetero –expuesto a los ciclos económicos internacionales y a las veleidades del clima– hay que estar listos para enfrentar situaciones difíciles con soluciones creativas.

Cuando asumí la Presidencia de la República, en agosto de 2010, el sector pasaba nuevamente por tiempos muy difíciles, con bajos precios internacionales y también baja productividad de los cultivos, afectados por las enfermedades y el envejecimiento, y por el peor fenómeno de La Niña de nuestra historia. Por eso, uno de los primeros actos de mi gobierno, cuando no completaba ni dos semanas de posesionado, fue firmar en la misma Federación un Acuerdo para la Prosperidad Cafetera en el que nos comprometimos, con

diversas medidas, a recuperar la competitividad y sostenibilidad del sector.

Y hoy podemos dar cuenta de que lo logramos. A pesar de ese durísimo fenómeno de La Niña en 2010 y en 2011, a pesar de la caída aún mayor de los precios internacionales en 2012 y 2013, a pesar de las sequías del fenómeno de El Niño en 2016, el sector caficultor vive hoy una nueva primavera.

Desde cuando firmamos el Acuerdo, se han renovado 620 mil hectáreas de café –es decir, dos de cada tres–, y la productividad prácticamente se ha duplicado, pasando de 10 sacos por hectárea, en 2009, a 19 sacos por hectárea hoy.

En el 2016 tuvimos una cosecha histórica de 14,2 millones de sacos, con un valor también record por encima de los 7 billones de pesos. Y es de esperarse que este año 2017 superemos ambos registros.

Por supuesto, para lograr esta positiva reactivación se necesitaban recursos, y me siento orgulloso de poder decir que mi gobierno ha sido el que más ha invertido en este sector esencial no solo para nuestra economía y el PIB rural, sino para el país, por su aporte al bienestar social, a la mejor calidad de vida de millones de colombianos.

Pasamos del antiguo y ya desmantelado Apoyo Gubernamental a la Caficultura (AGC) a

la Protección del Ingreso Cafetero (PIC), a través de la cual se entregaron 1,3 billones de pesos a los cafeteros afectados por el bajo precio de la carga, mientras duró esta situación.

En total, hasta el momento en que escribo este prólogo, mi gobierno ha invertido más de 2,7 billones de pesos en el sector –incluido el PIC y otros programas como el Incentivo de Capitalización Rural–, a los que se adicionan 3,8 billones de pesos de créditos de Finagro para más de medio millón de proyectos cafeteros. Nunca antes en la historia de Colombia tantos recursos han sido destinados a salvaguardar un sector de la economía.

Debo decir, por supuesto, que el repunte de la caficultura no se debe solo a este enorme esfuerzo del Gobierno, sino también al trabajo dedicado y eficaz de la Federación Nacional de Cafeteros, del Comité Nacional, de los comités departamentales y municipales, y de todos los hombres y mujeres caficultores del país.

Se trata de un esfuerzo combinado. Por eso, a mediados de 2016, mediante la firma del nuevo contrato de administración del Fondo Nacional del Café, renovamos la alianza entre el Estado y los cafeteros por 10 años más.

¿Qué viene para el futuro de este gremio ejemplar y querido por todos los colombianos? Yo señalaría dos retos fundamentales.

Por un lado, continuar el trabajo para ser más competitivos y sostenibles, y avanzar en la conquista de más mercados con nuestros cafés especiales. Y, por otro lado, capitalizar en sus zonas de influencia los beneficios que implica el fin del conflicto armado con las FARC.

Si algún sector puede aportar más efectivamente a la construcción y consolidación de la paz, es el cafetero, por su presencia institucional en las regiones, por su experiencia en la ejecución de obras, por su cultura de legalidad y trabajo, y por sus buenas prácticas.

El café tiene toda la tradición y el potencial para ser el cultivo de la paz. Porque el progreso cafetero necesita de la paz, y la consolidación de la paz necesita del apoyo de los cafeteros.

¡Qué bueno celebrar el aniversario 90 de la Federación Nacional de Cafeteros en medio de un entorno de esperanza! El café ha sembrado desarrollo y bienestar en nuestro suelo, y no tengo duda de que lo seguirá haciendo para orgullo y satisfacción de los colombianos.

JUAN MANUEL SANTOS
Presidente de la República de Colombia



PRESENTACIÓN

Noventa años bajo la sombra del café

Los asistentes al II Congreso Cafetero Nacional han suspendido las deliberaciones y subido a la azotea del edificio donde sesionan desde el 21 de junio de 1927. Don Jorge Obando, el fotógrafo, los ubica en dos filas, siete adelante, sentados y el resto de pie. Todos circunspectos, conscientes de la solemne ocasión, vestidos a la moda de la época, chaleco y leontina incluidos. Al fondo se alcanza a observar la fachada del teatro Junín y algunas de las ceibas de la avenida La Playa.

Esa fotografía, testimonio inicial de una historia que cumple noventa años, está presente en mi memoria desde la infancia, pues permanecía exhibida en algún mueble en la casa de mi abuelo, uno de los asistentes a aquel congreso fundacional (es el segundo de izquierda a derecha). Como otros miles de colombianos, mi historia familiar está íntimamente ligada a la de la caficultura colombiana.

Soy producto de lo que Luis López de Mesa llamó “civilización de vertiente”, es decir, esa parte de la población colombiana asentada en las estribaciones de las cordilleras, dependiente de los ciclos del café. He vivido al tanto de las sequías y los desastres del invierno, de las heladas del Brasil, de la roya y la broca, de las bonanzas y las crisis de los precios, de las bondades o los defectos del sombrío, del precio de la urea y de la necesidad del soqueo.

Este libro, conmemorativo de los noventa años de existencia de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, pretende dejar testimonio de los éxitos y las vicisitudes por los que ha trasegado el gremio cafetero en este casi un siglo de existencia. Si hubiere necesidad de una palabra para sintetizar estas nueve décadas, esta sería *resiliencia*, es decir, la capacidad de sobreponerse con éxito a las adversidades y continuar el camino del progreso.

[Página anterior]
Gonzalo Ariza, *Cafetal* [detalle], óleo sobre lienzo, 156×256 cm. Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, Bogotá. Fotografía: Catalina Londoño Carder.



Pedro Nel Gómez, *La danza de café*, 1937, mural al fresco, 2,36×3,11 m.
Museo de Antioquia, Medellín. Fotografía: Catalina Londoño Carder.

[Recolector de café], 1972, tapiz, Talleres Reales de España, 202×150 cm.
Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, Bogotá.

Como se podrá observar a través de las páginas del libro, esta no es solamente una historia económica, sino ante todo una historia social. No existe prácticamente ningún aspecto de la vida colombiana que no esté íntimamente ligado al café: el transporte, la salud, la educación, la investigación, la recreación y todas las expresiones de la cultura tienen estrechos vínculos con esos símbolos que representan a Colombia en el mundo: Juan Valdez, su mula *conchita* y la imponente cordillera de los Andes como fondo.

La Universidad EAFIT quiere expresar su gratitud para con las Directivas de la Federación Nacional de Cafeteros y del Comité de Cafeteros de Antioquia por la confianza que han depositado en su grupo de Historia Empresarial al encomendarnos la edición de este libro. Esperamos que los lectores lo disfruten acompañados de un aromático y humeante café colombiano.

JUAN LUIS MEJÍA ARANGO
Rector
Universidad EAFIT





INTRODUCCIÓN

La Federación Nacional de Cafeteros de Colombia en sus 90 años de vida: logros y retos

ROBERTO VÉLEZ VALLEJO, *Gerente general de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia*

Es motivo para mí de gran emoción y regocijo, como gerente de la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia, la celebración de los 90 años de su fundación, que es también la celebración de la permanencia de la caficultura colombiana, por más de un siglo, en un mercado cada día más globalizado y competido, y que tiene, en la Colombia de 2017, complejos desafíos en la construcción de la paz territorial y en el logro de un crecimiento económico inclusivo y con sostenibilidad ambiental. No ha habido, en la historia económica y social del país, una actividad que se haya expandido en tantas regiones y por tanto tiempo como la producción de café, que haya generado miles de empleos, dinamizado las economías regionales y estimulado otros sectores productivos gracias a sus encadenamientos hacia atrás y hacia adelante.

Soy risaraldense de nacimiento, de ancestros cafeteros, y me inicié profesionalmente en el área comercial de la Federación hace un par de décadas, cuando la caficultura colombiana venía ajustándose a las nuevas circunstancias de un mercado mundial libre, sin las regulaciones del Acuerdo Internacional del Café, y cuando la economía colombiana también estaba en proceso de cambio, por el menor peso del valor de la producción y las exportaciones del grano en las cuentas macroeconómicas.

Ahora que voy a cumplir dos años en la gerencia de esta Federación, pese a los tremendos cambios en la economía mundial y en la colombiana, puedo afirmar con conocimiento de causa que la caficultura del país pasa por un período pujante, se halla renovada y productiva, y con una organización gremial unida y trabajando para enfrentar los nuevos desafíos.

[Página anterior]
Horacio Longas, *Poda. Epopeya del café [detalle]*, 1943, esmalte cerámico sobre baldosín, 200×200 cm., módulo D. Teatro Universitario Camilo Torres, Universidad de Antioquia, Medellín. Fotógrafa: Catalina Londoño Carder.

Parte de esta pujanza se debe a la corrección en la tasa de cambio real del peso colombiano que se produjo a finales de 2014 con el desplome del precio del petróleo, después de haber sufrido un proceso de apreciación importante durante una década desde inicios del presente siglo.

La historia relatada en este libro sobre la organización gremial fundada por un grupo de caficultores visionarios en julio de 1927 se confunde con la historia de Colombia durante la mayor parte del siglo xx y lo que va corrido del siglo xxi. En efecto, la producción, la comercialización y la exportación de café han involucrado a millones de familias, sobre todo campesinas, y contribuido de manera decisiva en la construcción de la nacionalidad colombiana, la ocupación ordenada del territorio y el desarrollo de veinte departamentos. Parte de ese desarrollo se debe a la labor de la Federación, a través de sus comités departamentales y municipales, al gestionar y ejecutar obras de infraestructura física y social.

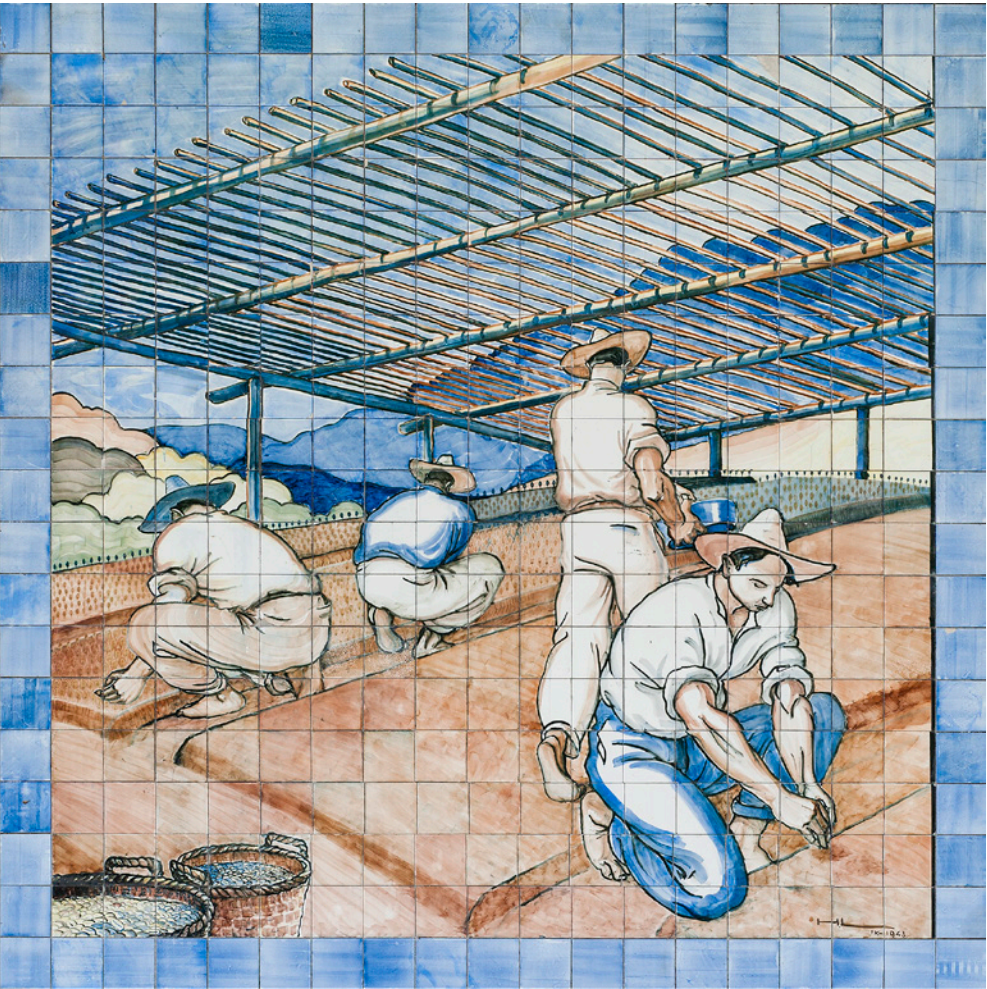
Aunque hoy en día el café ya no pesa en el producto interno bruto nacional y en las exportaciones como lo hizo en el siglo xx, sigue siendo una valiosa actividad generadora de empleo, valor agregado y paz en 590 municipios del país, y su organización gremial es ejemplo de asociatividad para alcanzar los objetivos planteados por sus fundadores en 1927.

En la base de este éxito está la parafiscalidad, creada por las autoridades en 1940, cuyos parámetros se han ido modificando de acuer-

do con los cambios en las circunstancias del mercado. En la actualidad, la contribución cafetera financia los bienes públicos esenciales que los propios caficultores han definido como prioritarios: la garantía de compra, la investigación, el servicio de extensión y el apoyo a la generación de valor agregado en la cadena del café, como son las campañas publicitarias del café de Colombia, la marca Juan Valdez y los programas de cafés especiales, que generan sobrepuestos para beneficio de los productores. Este modelo fue ratificado recientemente con la firma, entre el Gobierno nacional y la Federación, de un nuevo contrato de administración del Fondo Nacional del Café, por parte de esta última, para los próximos 10 años.

Otra de las realizaciones más importantes de la institucionalidad cafetera ha sido la ejecución de proyectos que han apoyado el desarrollo rural en las regiones cafeteras, en construcción y mejoramiento de viviendas, en construcción de vías terciarias y su mantenimiento, en infraestructura comunitaria (educación, salud y otras obras) y en infraestructura productiva.¹

Actualmente, en el posconflicto que empieza a transitar Colombia, la caficultura es esperanza. Sin duda será una actividad que contribuirá a aclimatar la paz en regiones que fueron golpeadas por la violencia, y la Federación, con sus comités departamentales y municipales, será un aliado importante del Estado colombiano en la ejecución de proyectos que ayudarán a cerrar la brecha entre el campo y la ciudad.



Horacio Longas, *Preparación del almáximo*. *Epopéya del café*, 1943, esmalte cerámico sobre baldosín, 200×200 cm., módulo A. Teatro Universitario Camilo Torres, Universidad de Antioquia, Medellín. Fotografía: Catalina Londoño Carder.

Como lo dijo recientemente un joven cafetero del municipio de San Carlos, Antioquia –municipio fuertemente golpeado por la violencia–, quien en 2005 perdió la pierna derecha por una mina antipersonal en un camino cafetero: “pero no perdí las ganas de seguir trabajando y hoy estamos saliendo adelante con el cafecito”.

El sector privado se ha comprometido con esta causa. Nespresso®, una firma global de cafés de excelencia, con quien la Federación desarrolla en Colombia el clúster de cafés especiales más grande del mundo, sacó recientemente al mercado, con el apoyo de la Federación, una edición especial de cápsulas de café denomi-

nada “Aurora de la Paz”, con cafés producidos en el departamento de Caquetá, otra región fuertemente golpeada por la violencia.

La estrategia de la Federación al 2027

La estrategia que hemos venido construyendo con el equipo de la gerencia de la Federación para los próximos 10 años tiene cuatro pilares, con el propósito de consolidar, en 2027, cuando se cumpla el primer siglo de su existencia,

¹ Al respecto véase el recuadro “El rol de la institucionalidad cafetera en el desarrollo rural”.

Horacio Longas, *Pesaje tarreo. Epopeya del café*, 1943, esmalte cerámico sobre baldosín, 200×200 cm., módulo E. Teatro Universitario Camilo Torres, Universidad de Antioquia, Medellín. Fotografía: Catalina Londoño Carder.



2. Estos pilares están alineados con los “Objetivos de desarrollo sostenible de las Naciones Unidas para 2030”. En consecuencia, se viene trabajando intensamente en avanzar en las acciones que permitirán alcanzar esos objetivos, contando con una línea de base y con indicadores de seguimiento.

una actividad productiva competitiva y rentable, con bienestar social para los productores y sus familias, sostenible con el medio ambiente, y con una organización gremial fuerte y unida.²

El pilar de la *rentabilidad económica* tiene como objetivo incrementar la productividad en finca, mejorar la calidad del producto, hacer un uso más eficiente de los insumos, y contar con innovaciones en procesos, como en la recolección, para hacerlos más eficientes. Por otra parte, se requiere seguir trabajando en la penetración en mercados de economías emergentes, aumentar el consumo per cápita de café en Colombia, profundizar la diferenciación de origen de los cafés para lograr

mayor agregación de valor y lograr una mejor gestión del riesgo que mitigue la volatilidad de los ingresos del productor. Un paso que se dio recién comenzó mi gestión fue liberar las exportaciones de cafés de calidades inferiores, bajo la denominación de “Producto de Colombia”, para los cuales ha habido mercado, lo que ha generado ingresos adicionales a los productores y la salvaguarda de la reputación tradicional de la calidad que se reconoce bajo la marca “Café de Colombia”.

El objetivo del pilar del *bienestar social* es lograr la formalización laboral de los caficultores y recolectores, esto es, que cuenten con seguridad social (salud, pensión y asegura-



Horacio Longas, *Despulpe. Epopeya del café*, 1943, esmalte cerámico sobre baldosín, 200×200 cm., módulo G. Teatro Universitario Camilo Torres, Universidad de Antioquia, Medellín. Fotografía: Catalina Londoño Carder.

miento frente a riesgos laborales), mejorar las condiciones de habitabilidad de las familias caficultoras, profundizar la formación y la capacitación de los productores, ahondar en la asociatividad y facilitar el relevo generacional.

El pilar de la *sostenibilidad ambiental* tiene como objetivo mejorar las prácticas agrícolas, buscando una mayor conservación de los recursos (agua, suelos y ecosistemas). Por otro lado, se impone seguir trabajando, desde el Centro Nacional de Investigaciones en Café (Cenicafé) y en alianza con centros de investigación a nivel global, en el desarrollo de nuevas variedades, adaptadas a la oferta agroecológica y al cambio climático.

Para adelantar todo lo anterior es menester contar con una *organización gremial* consolidada. Ello demanda mantener el liderazgo y la gobernabilidad, con un proceso continuo de consulta con las bases cafeteras, por medio de visitas permanentes del gerente y su equipo a los comités municipales de cafeteros, donde es convocada la base de productores. Entre los asuntos consultados están la reforma a los estatutos y la elaboración del código de ética que, una vez aprobado, será de obligatorio cumplimiento, lo cual contribuirá a mantener la organización eficiente, eficaz y solvente financieramente.

La corresponsabilidad en la cadena global del café

Después del rompimiento del pacto de cuotas del Acuerdo Internacional del Café en 1989, el mercado mundial ha operado libremente, con un aumento en el grado de concentración por parte de la industria torrefactora global, con un nivel muy alto de volatilidad del precio y una tendencia decreciente del precio real en el largo plazo, lo cual les plantea a los integrantes de la cadena global de valor del café un interrogante fundamental: ¿se logrará, en el mediano plazo, mantener la oferta adecuada de café, con las calidades que demandan los consumidores, teniendo en consideración la alta volatilidad y la tendencia decreciente en el precio del café en términos reales, los riesgos crecientes del cambio climático, y dado que la generación de relevo en la caficultura no está garantizada en muchas regiones productoras? El mercado mundial del café ha sido miope, en el sentido de que su precio se ha formado a partir de factores de corto plazo, muchas veces especulativos, que no tienen en consideración determinantes estructurales de largo plazo.

Así las cosas, un objetivo adicional que esta Federación se ha propuesto para los próximos 10 años es lograr un compromiso de corresponsabilidad entre los diferentes agentes de la cadena global de valor, para cofinanciar, sobre todo, la búsqueda de soluciones a problemas como la adaptación del cultivo del café al cambio climático, lo cual demanda una revolución cafetera, en el sentido de obtener, mediante investigación, nuevos paquetes tecnológicos con variedades resilientes y productivas, y la transferencia de esos paquetes a los millones de productores. Otros retos no

menores son introducir innovaciones para mejorar la eficiencia en la recolección, debido a la escasez creciente de mano de obra (que opta por migrar a las ciudades), y encontrar nuevos arreglos económicos, sociales y tecnológicos que garanticen la generación de relevo al frente de la caficultura. Un reto adicional consiste en hallar mecanismos para disminuir el riesgo asociado a la alta volatilidad de los precios del café en el corto plazo.

Estos retos son globales, pues involucran tanto a los productores de café de todo el orbe, como a los intermediarios en la comercialización y la transformación del producto, para seguir abasteciendo a los millones crecientes de consumidores del mundo entero. Las nuevas generaciones tienen el derecho de seguir consumiendo café en nuevas modalidades, así como lo han hecho las generaciones anteriores.

La manera precisa de lograr esa cofinanciación y los proyectos específicos a apoyar deberá ser el resultado de un diálogo constructivo a nivel global entre organizaciones de productores, de comercializadores y de la industria que abastece el consumo final. La Organización Internacional de Café, la cooperación internacional, la banca multilateral y los gobiernos de países productores y consumidores contribuirán sin duda a esta causa. La Federación Nacional de Cafeteros de Colombia está dispuesta y comprometida a liderar esta iniciativa de la corresponsabilidad.



Epopeya del café, realizada por el maestro Horacio Longas en 1943, la obra fue entregada en comodato a la Universidad de Antioquia por el Comité Departamental de Cafeteros de Antioquia, el 19 de julio de 1999. Representa el proceso del cultivo y la producción del café, desde la preparación del almácigo hasta la exportación. Inicialmente constaba de catorce módulos, once de los cuales fueron reconstruidos por el equipo de restauración del Museo Universitario. En la imagen se aprecia el módulo H. *Lavado*. *Epopeya del café*, 1943, esmalte cerámico sobre baldosín, 200×200 cm. Teatro Universitario Camilo Torres, Universidad de Antioquia, Medellín. Fotografía: Catalina Londoño Carder.

El rol de la institucionalidad cafetera en el desarrollo rural

A lo largo de estos noventa años, la institucionalidad cafetera ha desempeñado un papel protagónico en la historia de Colombia, no solo por la importancia del café en el crecimiento económico durante la mayor parte del siglo xx, sino también por su contribución al desarrollo rural en más de la mitad de los municipios del país. Una forma en la que se ha materializado dicha contribución es a través de la inversión en obras de infraestructura comunitaria, domiciliaria y productiva que la Federación, a través de los Comités departamentales y municipales de cafeteros, ha gestionado durante décadas primero con recursos del propio Fondo Nacional del Café y más recientemente mediante el apalancamiento de recursos públicos provenientes de entidades territoriales y/o privados de cooperantes nacionales e internacionales.

Así, entre 1944 y el 2015 se lograron gestionar recursos de inversión en infraestructura por cerca de \$7,6 billones, cifra superior al valor de la cosecha en 2016 (\$7,1 billones), de los cuales el 61% se destinó principalmente al desarrollo de obras relacionadas con vivienda y servicios públicos; un 25% se destinó a la construcción de vías y obras conexas, un 12% al desarrollo de instalaciones educativas, de salud y comunitarias, y un 2% en infraestructura productiva.

En particular en el componente de vivienda y servicios públicos, durante el período 1944-1962, se priorizaron las obras relacionadas con la construcción de acueductos, conducción de agua potable, vivienda nueva y saneamiento

básico domiciliario, mientras que entre 1963-1989 el foco estuvo en mejoramiento de vivienda y acueductos. Por su parte, entre 1990-2015 se beneficia un mayor número de unidades de vivienda con planes de mejoramiento en cubiertas, cocinas, pisos y baterías sanitarias además de la construcción de nuevos acueductos comunitarios y redes de conducción de agua a nivel domiciliario.

En cuanto a vías y obras conexas, no se dispone de información para el primer período, pero entre 1963-1989 se incursiona con fuerza en la construcción de vías terciarias nuevas y el mejoramiento de las existentes, así como la construcción de puentes peatonales y vehiculares en la mayoría de departamentos que ayudaron a la interconexión y facilitaron la comercialización regional. Ya entre 1990-2015, la inversión se concentra en puentes vehiculares y mejoramiento de vías terciarias existentes (placas huella, cunetas, desagües, retiro de derrumbes, reafirmado, señalización, etc.), en algunas zonas como el sur del Tolima se continúa con la construcción de nuevas vías.

Por su parte, la infraestructura comunitaria (educación, salud y otras obras) se centró en los primeros años en la construcción de aulas y viviendas para los maestros y muros de contención, mientras que entre 1963-1989 se inicia la construcción de colegios y/o escuelas, restaurantes escolares y baterías sanitarias, hospitales y puestos de salud. Ya entre 1990-2015 se intensifica la construcción de escuelas y/o colegios y la edificación de aulas nuevas, la construcción y mejoramiento de puestos

de salud continúa siendo importante en la mayoría de departamentos y las otras obras se concentran más en polideportivos, hogares juveniles o salones comunales.

Finalmente, la infraestructura productiva también ha cambiado conforme a los desarrollos tecnológicos y las necesidades del cultivo, así por ejemplo, mientras en los primeros períodos se reporta la construcción de beneficiaderos basados en canales de correteo, secadores tipo elva, marquesinas y silos de secado, en el período 1990-2015 se dinamiza la construcción de secadores y el mejoramiento y/o construcción de beneficiaderos basados en los desarrollos tecnológicos de Cenicafé (tanques tina, becolsub, ecomill®, secadores parabólicos y silos de secado).

Todo esto le ha valido a la Federación para desarrollar una gran capacidad de ejecución de recursos de inversión social en las zonas rurales cuya efectividad y transparencia es ampliamente reconocida no solamente en Colombia, sino en el mundo entero.

Inversión en infraestructura a través de los Comités Departamentales de Cafeteros

Componente	Indicador	1944-1962	1963-1989	1990-2015	1944-2015
Vivienda y servicios públicos	Obras (número)	1.929.920	1.008.026	3.734.166	
	Inversión (millones)	102.314	3.449.986	1.077.953	4.630.253
Vías y obras conexas	Obras (kilómetros)	ND	36.785	178.598	
	Inversión (millones)	ND	556.404	1.351.369	1.907.773
Educación	Obras (número)	5.035	15.528	9.336	
	Inversión (millones)	ND	189.597	339.402	529.000
Salud	Obras (número)	ND	68 *	739	
	Inversión (millones)	ND	12.405	41.291	53.697
Otras obras de infraestructura comunitaria	Obras (número)	282	ND	1.482	
	Inversión (millones)	391	97.065	247.941	345.397
Infraestructura productiva	Obras (número)	9.385	6.591 *	150.689	
	Inversión (millones)	23.435	14.754	147.830	186.019
Total Inversión	Billones	0,13	4,32	3,21	7,65
Valor de cosecha	Billones	63,6	146,0	142,1	351,7
% Valor de cosecha	% Valor de cosecha	0,2%	3,0%	2,3%	2,2%

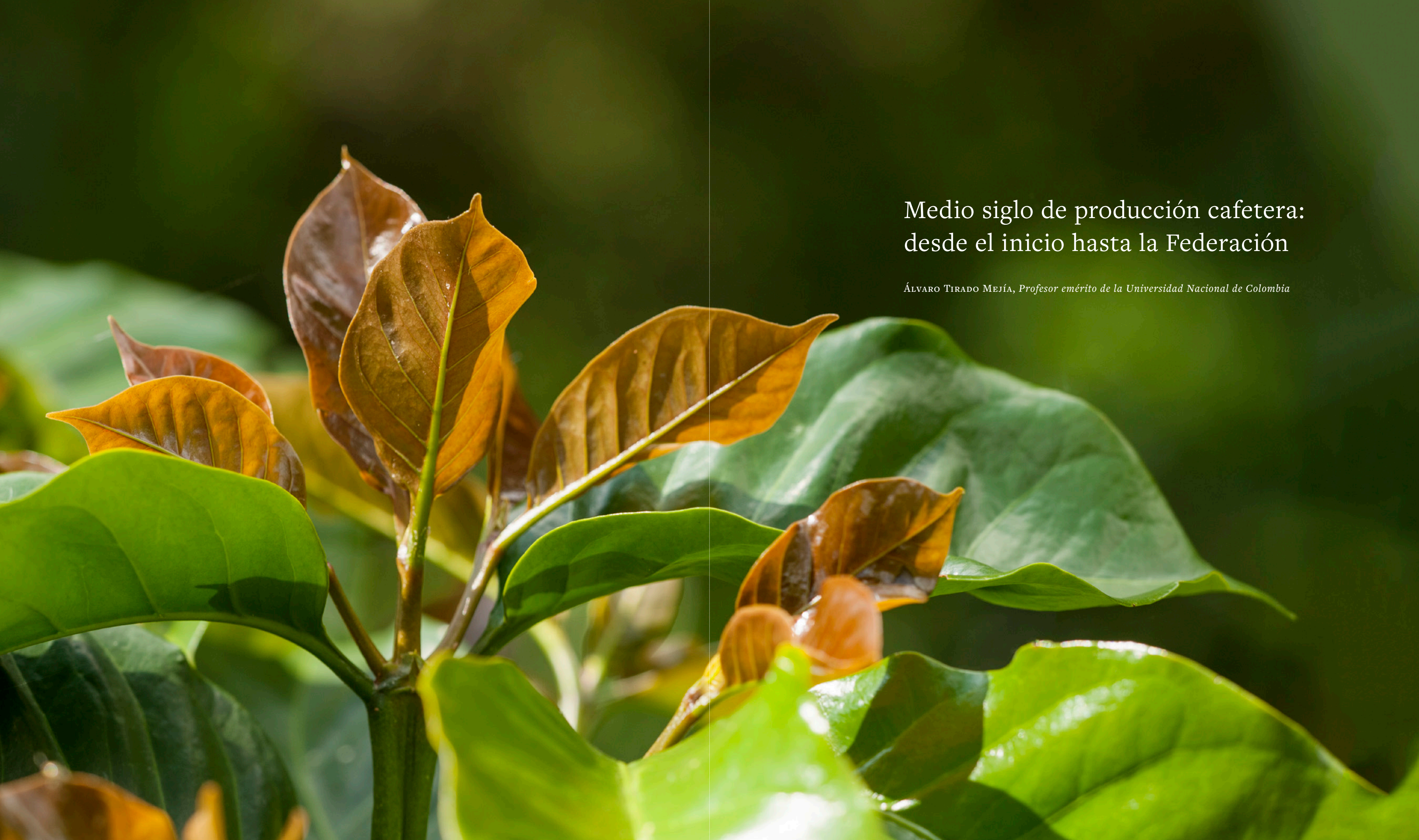
*cifras estimadas. ND (dato no disponible). Valores en pesos constantes de 2016.

Notas técnicas:

- Estos datos agregan los recursos de inversión en infraestructura ejecutados por la Federación a través de los Comités para los tres periodos descritos y provenientes de diferentes fuentes de financiamiento: Fondo Nacional del Café, gobiernos municipales y departamentales, cooperantes nacionales e internacionales.
- Los totales solo incluyen las obras de infraestructura pero no abarcan la totalidad de la inversión social que la Federación haya podido realizar en otros programas como dotación educativa, aportes en especie, recuperación de suelos, bosques, fuentes de agua, transformación productiva, investigación, comercialización de café, posicionamiento, control de calidad a las exportaciones, desarrollo marcario y demás bienes públicos cafeteros financiados con la contribución cafetera y con recursos del FoNC.
- Las obras de infraestructura comunitaria realizadas por la institucionalidad cafetera generan externalidades positivas. Benefician al conjunto de la población en regiones cafeteras sean o no productores del grano.
- Vivienda y servicios públicos: incluye acueductos, alcantarillados, electrificación rural, saneamiento básico, construcción y mejoramiento de vivienda rural.
- Vías: incluye construcción de vías nuevas, mantenimiento de vías existentes, puentes y obras conexas. El total de obras viales se construye a partir de la suma de kilómetros intervenidos en cada año, es probable que en diferentes periodos se haga mantenimiento sobre la misma vía pero con nuevas inversiones.

Fuentes: Federación Nacional de Cafeteros. Dirección de Investigaciones Económicas. i) Información recuperada de archivos históricos de los Comités Departamentales de Cafeteros. ii) Informes de Gestión anual de los Comités Departamentales. iii) Junguito, R., & Pizano, D. (1997). *Instituciones e Instrumentos de la Política Cafetera en Colombia*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero. iv) Jaramillo, J.F., (1988) “Comités Departamentales”. *Revista de Ensayos de Economía Cafetera* núm. 2. FNC. Bogotá.

- Educación: incluye construcción y mejoramiento de colegios, aulas, vivienda docente, baterías sanitarias, restaurantes y laboratorios.
- Salud: incluye construcción y mejoramiento de hospitales y centros de salud.
- Otras obras de infraestructura comunitaria: incluye polideportivos, centros sociales o comunitarios, hogares juveniles, entre otros.
- Infraestructura productiva: incluye beneficiaderos y secaderos de café.



Medio siglo de producción cafetera: desde el inicio hasta la Federación

ÁLVARO TIRADO MEJÍA, Profesor emérito de la Universidad Nacional de Colombia



“Le Caféier”, Aimé Riant, *Le café, le chocolat, le thé*. Paris: Librairie Hachette et Cie., 1880, sp.

Si bien es cierto que la producción y la exportación de oro –ese “estiércol del demonio”, al decir de los padres de la Iglesia– se ha mantenido como factor importante desde el momento mismo de la Conquista hispánica y que el actual territorio colombiano fue el primer productor mundial durante ciertos períodos –en el siglo xvii contribuyó con el 39% de la producción total–, también lo es que, al hacer su balance desde el punto de vista económico y social, la minería aurífera no tiene los efectos positivos dejados por los productos agrícolas de exportación, sobre todo, el café. Estos, que en la segunda mitad del siglo xix fueron la quina, el añil, el algodón y, muy especialmente, el tabaco, tuvieron muy corta duración. Por el contrario, el café, con sus correspondientes altibajos, se ha mantenido desde la segunda mitad del siglo xix, cuando se comenzó a producir para la exportación y no para el simple consumo familiar, y durante casi un siglo se situó como el primer reglón de nuestras exportaciones.

Como veremos, la producción comercial del café se inició en Santander y la exportación fue marginal hasta los años sesenta del siglo xix. Sin embargo, para la década de los setenta representaba más del 20% de las exportaciones y en adelante continuó su crecimiento hasta el punto de que, en 1899, al estallar la Guerra de los Mil Días, correspondía al 50% de estas. En el siglo xx, al finalizar la guerra y durante el quinquenio 1905-1909, representaba el 38%, para convertirse en el 47% en vísperas de la Primera Guerra Mundial, en el período 1910-1914, y en el 69% en el período 1925-1929.⁴ A partir de allí, hasta los

años ochenta, el café se consolidó como primer producto de exportación, y en el ámbito internacional Colombia pasó a ser el segundo productor mundial después de Brasil y el primer productor de café suave. Entre 1910 y 1960, el café representó entre el 60 y el 80% de las exportaciones colombianas. “Desde el momento en que el café se afianzó como producto de exportación, la balanza comercial de Colombia se tornó casi siempre favorable. Puede observarse que casi permanentemente desde 1875 hasta 1930 dicha balanza arroja un superávit”.⁵

La producción en Santander y Cundinamarca

Medardo Rivas, en un ameno e instructivo libro en el que da cuenta de las primeras empresas agrícolas de Cundinamarca en la vertiente occidental, a propósito del café y de las haciendas que para producirlo comenzaban a montarse, anota:

Hacia muchos años que el cultivo del café había hecho la grandeza del Brasil, que había levantado a Venezuela a un alto grado de prosperidad y hechas ricas las pequeñas Repúblicas de Centroamérica; y a pesar de tan halagadores ejemplos, en Colombia no había una sola plantación.⁶

El reclamo de Rivas, a su vez, hacía parte de una actitud positiva con sentido patriótico hacia las siembras de café, la cual se manifestó por una serie de obras que se escribieron para inducir a su siembra y dar consejos sobre la mejor manera de cultivarlo. La primera de ellas fue la del historiador y secretario de Si-



El árbol de café (cafeto) pertenece a la familia de las rubiáceas, que comprende más de 500 géneros y 8.000 especies cultivas. Uno de los géneros es el *Coffea*, dentro del cual las especies más importantes cultivadas son el *Coffea* arábica y el *Coffea* robusta. La primera se produce principalmente en América y algunas regiones de África y Asia, mientras que la segunda se cultiva especialmente en el continente africano y en el sureste asiático. Las dos especies se siembran en distintos climas y altitudes: altura para la arábica y zonas bajas para la robusta.

món Bolívar, José Manuel Restrepo, quien, en 1856, iniciaba en estos términos su trabajo sobre el cultivo del café:

Excitamos a todos los verdaderos patriotas granadinos, a que constantemente llamemos la atención e ilustremos al pueblo de la Nueva Granada, sobre el modo de promover todos aquellos elementos que encierra nuestro suelo fecundo, para aumentar su riqueza y bienestar [...].⁷

A este escrito deben agregarse los siguientes: “Tratado práctico sobre el cultivo del café”, por Francisco Ospina, en 1871;⁸ “Cultivo del café; nociones elementales al alcance de todos los labradores”, por Mariano Ospina Rodríguez, en 1880.⁹ “Memoria sobre el cultivo del café, o guía para la fundación de un cafetal en Colombia”, de Nicolás Sáenz, cuya tercera edición se hizo en 1895.¹⁰ Pero también, desde el púlpito se apoyó la difusión del grano, tal

Sería imposible escribir la historia de Colombia durante el último siglo y medio sin tener en cuenta el café. En efecto, la producción de este grano está ligada no solo a la vida económica en sus diferentes esferas: ampliación del mercado, creación de empleo, acumulación de capital, surgimiento de la industria, comercio interno y exterior, vías de comunicación, etc., sino también a avances tecnológicos, cambios demográficos, poblamiento del territorio, desarrollos regionales, manifestaciones culturales, al acontecer político en el ámbito nacional y en el de las relaciones internacionales, a las guerras civiles y al sustento de la paz y, muy especialmente, como soporte de la estabilización económica del país, como lo anota en un opúsculo pionero Luis Eduardo Nieto Arteta.³

3 Luis Eduardo Nieto Arteta, *El café en la sociedad colombiana*. Bogotá: Breviarios de Orientación Colombiana, 1958.

4 Las cifras anteriores, aunque difieren un poco entre los autores citados, fueron tomadas de: José Antonio Ocampo, “Los orígenes de la industria cafetera 1830-1929”, en: Álvaro Tirado Mejía, ed., *Nueva Historia de Colombia*, tomo v. Bogotá: Planeta, 1989; Roberto Junguito Bonnet, *Historia económica en el siglo xx*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda, 2017; Carlos Caballero Argáez, *La economía colombiana en el siglo xx*. Bogotá: Penguin Random House, 2017.

5 Álvaro Tirado Mejía, *Introducción a la historia económica de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional, 1971, p. 242.

6 Medardo Rivas, *Los trabajadores de tierra caliente*. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1972, p. 297.

7 José Manuel Restrepo, “Cultivo del café”, en: *Memorias sobre el cultivo del café*. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la economía nacional, 1952, p. 5.

8 En: *Memorias sobre el cultivo del café*. Bogotá: Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la economía nacional, 1952, pp. 13 y ss.

9 En *Ibid.*, pp. 51 y ss.

10 En *Ibid.*, pp. 75 y ss.



“Desclieux partage sa ration d’eau avec le plant de café destiné à la Martinique”, Aimé Riant, *Le café, le chocolat, le thé*. Paris: Librairie Hachette et Cie, 1880, sp.

Una de las historias más extraordinarias sobre los orígenes del café en América se le debe al oficial de la marina francesa Gabriel Mathieu de Clieu, quien durante la década de 1720 llevó el primer cafeto a Martinica; de Clieu viajó con la planta hacia la isla en una travesía que estuvo llena de incidentes, hasta el punto que, según el relato de Clieu, el agua fue racionada durante el viaje y tuvo que compartir su ración con la planta.

En Santander, los primeros cultivos se iniciaron en los alrededores de Cúcuta, en los años treinta del siglo XIX; luego se extendieron a Pamplona y Ocaña. En Salazar de las Palmas, la prédica del cura Romero, a quien hemos aludido, impulsó la producción de café por esa misma época. En Bucaramanga, los señores Francisco Puyana y Bernardo Ordóñez sembraron las primeras matas de café traídas de Venezuela y allí, también, la prédica del padre Romero contribuyó bastante al auge de la siembra entre 1860 y 1870. De allí se propagó la producción a Lebrija y Rionegro y, en 1840, ya existían cultivos en Vélez y otros municipios del sur.

Además de las ayudas espirituales, otros elementos confluyeron para el auge cafetero de Santander, como la caída de las exportaciones de quina y sobre todo del tabaco, que golpeó la producción parcelaria que caracterizaba a esa región; el estancamiento en la producción y la exportación de sombreros, y las guerras civiles, todo lo cual incidió para lanzar a la desocupación a muchos trabajadores que se convirtieron en peones y migraron a las zonas cafeteras, incluyendo a Venezuela.

Estas circunstancias fueron determinantes para diseñar el perfil de la producción cafetera en Santander, caracterizada en un principio por las grandes haciendas nutridas de mano de obra por peones, y la pequeña propiedad en parcelas, que fue la que dominó la producción

Orígenes del cultivo del café en Colombia

Si bien no es claro el origen del café en Colombia, la versión más aceptada indica que fueron los sacerdotes jesuitas quienes, en 1723, introdujeron el grano desde Venezuela. Todo parece indicar que el café venía siendo cultivado en las islas francesas del Caribe desde 1720 y de allí se propagó hacia Venezuela y Costa Rica y, posteriormente, a la mayoría de países tropicales de América con condiciones adecuadas para el cultivo. Entre los registros más antiguos sobre la introducción del café en territorio continental se encuentra el relato del jesuita Joseph Gumilla, quien en 1741 consignó en *El Orinoco Ilustrado* la existencia de cafetos en la población de Santa Teresa de Tabage, cerca de la desembocadura del río Meta en el río Orinoco, al respecto dijo: “El café, fruto tan apreciable, yo mismo hice prueba, le sembré, y creció de modo, que se vió ser aquella tierra muy a propósito para dar copiosas cosechas de este fruto”.¹ Hacia 1790 se conoce que ingleses con asentamiento en la isla de San Andrés, aunque bajo el dominio de la monarquía española, se encontraban cultivando

allí café y algodón para comerciar con el mercado jamaquino.² Desde la zona de Pamplona y Socorro, el cultivo se propagó rápidamente por gran parte del territorio; por ejemplo, en Antioquia se encontraron noticias de la existencia de café en 1808, en los lugares de Concepción de Nuestra Señora, San José de Marinilla, Nuestra Señora del Carmen y San Antonio del Peñol. Sin embargo, la *coffea* era valorada como una planta silvestre y medicinal, sin explotación económica.³ El departamento de Norte de Santander es considerado la cuna de la industria cafetera en Colombia. En 1834, en la entonces provincia de Pamplona, se sembraron los primeros cafetos con carácter comercial de los que se tenga noticia en el país. Solo hasta ese año fue considerado un producto comercial, con la primera exportación de 2.560 sacos de café por la aduana de Cúcuta.⁴



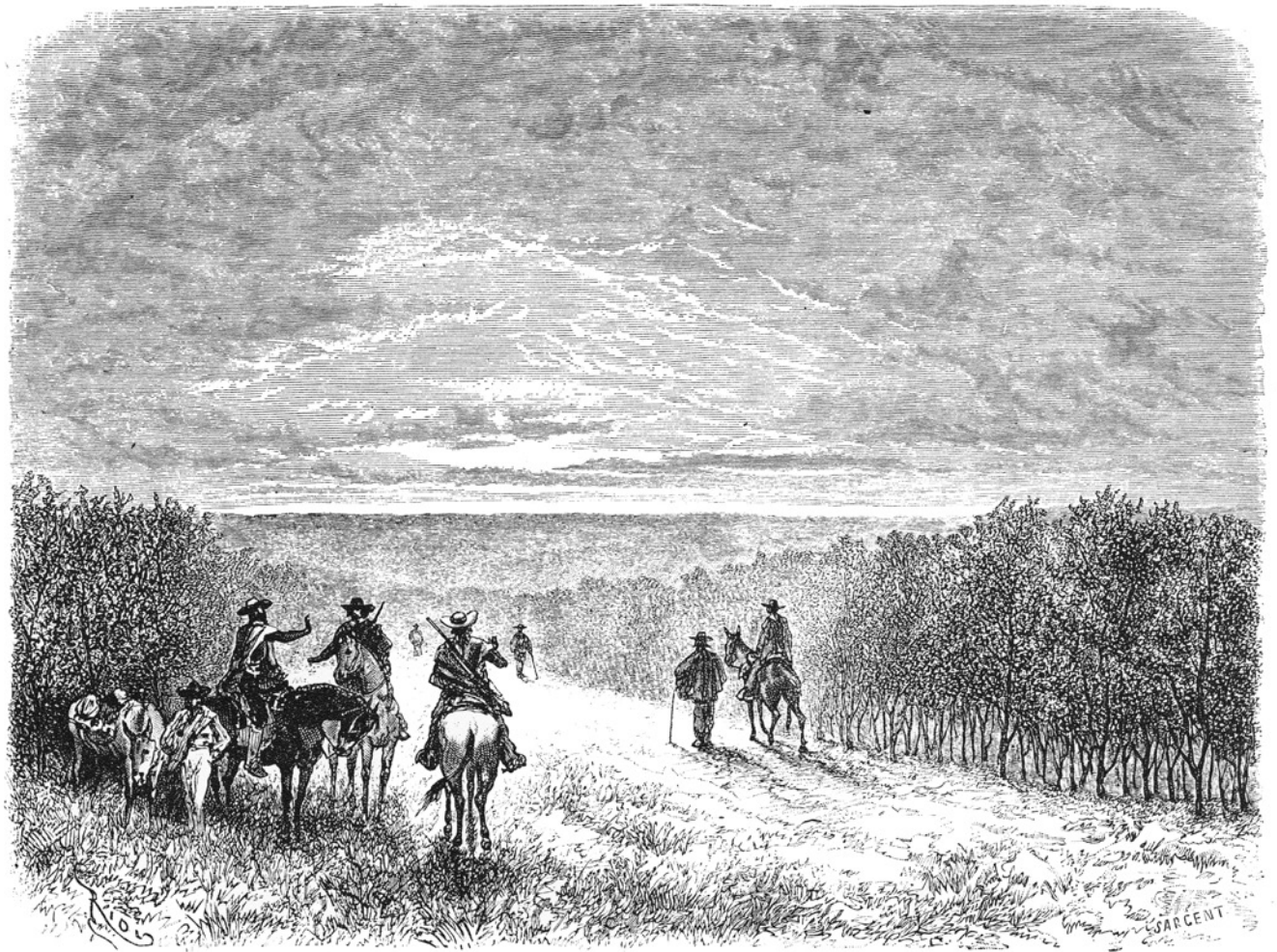
¹ Joseph Gumilla, S. J. “Fertilidad y frutos preciosos”, *El Orinoco ilustrado. Historia natural, civil y geográfica de este gran río y de sus caudalosas vertientes...* Madrid: Manuel Fernández, Impresor de la Reverenda Cámara, 1741, p. 331.

² “Carta enviada al Virrey del Reyno por Antonio de Narváez y La Torre, Comandante General de Panamá”, 27 de enero de 1790. Carta Reservada núm. 19, folios 29-33. Aduanas-Cartas, Sección Colonia, Archivo General de la Nación, Bogotá.

³ Víctor Álvarez Morales, ed., *La Relación de Antioquia en 1808*. Medellín: Impregón, 2013.

⁴ Alberto Camilo Suárez, “Santander del Norte cafetero”, *Revista Cafetera de Colombia*, vol. 1, núm. 1, Bogotá, noviembre de 1928, pp. 11-12.

¹¹ Mariano Arango, *Café e industria 1850-1930*. Bogotá: Carlos Valencia, 1977, p. 28.



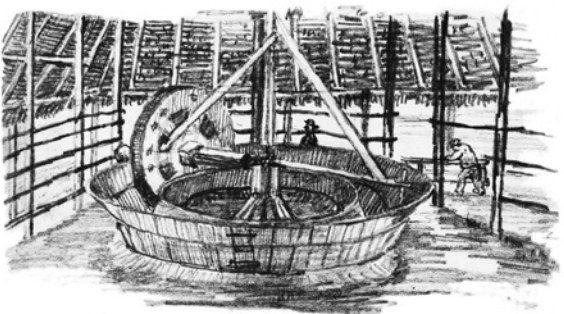
“Cultivo de café en los Llanos –Dib. de Riou.”, Eduardo Acevedo Latorre comp., Edouard André y Charles Saffray, *Geografía pintoresca de Colombia. La Nueva Granada vista por dos viajeros franceses del siglo XIX*. Bogotá: Litografía Arco, 1971, p. 124.

el cultivo del café en explotaciones de escala mayor, que coexistieron de forma dominante con pequeñas propiedades.

En la configuración de este proceso influyeron varios elementos, además de lo propicio de los suelos para este tipo de explotación. Para la época, ya comenzaba el descenso en la explotación y la exportación del tabaco producido en Ambalema y otras regiones de tierra caliente, lo cual, por una parte, produjo el efecto de liberar fuerza de trabajo que quedó cesante y, por otra, impelió a los capitales acumulados en este negocio a buscar nuevas formas de inversión. Esta circunstancia inci-

dió para que sectores que por lo general se habían dedicado al comercio, se vincularan a la aventura de incorporar nuevas tierras y a instalarse en los negocios de la agricultura. La ampliación del mercado internacional del café y las circunstancias favorables de su precio indujeron a estos nuevos empresarios del campo a invertir y a comprometerse con la caficultura. Según algunos, fue el futuro presidente, Manuel Murillo Toro, quien, con semillas traídas de Venezuela, introdujo en 1850 el cultivo del café en Cundinamarca, en su finca Tusuelo en Guaduas, actividad con la que continuó uno de sus hijos.

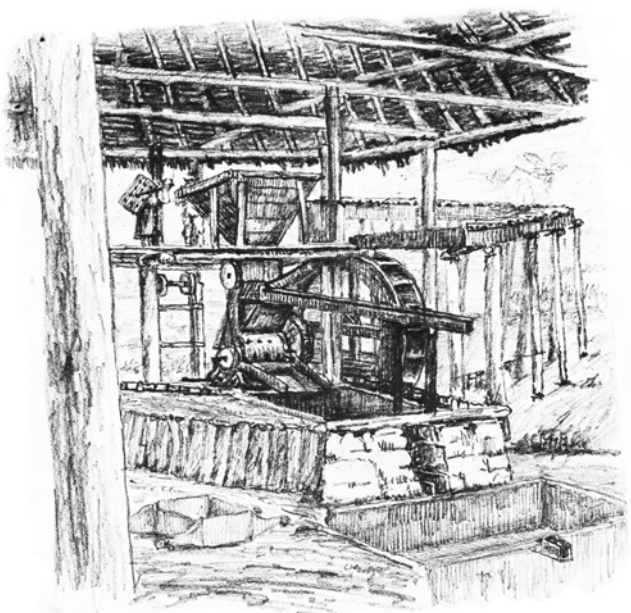
El café se puso de moda en la región y muchos comerciantes bogotanos compraron tierras y



Viotá, situada en el suroccidente del departamento de Cundinamarca, ha sido considerada desde el siglo XIX la subregión cafetera más importante de la provincia del Tequendama, en donde se desarrollaron las grandes haciendas cafeteras. En la imagen se aprecia una tahona de despergaminar café, en la hacienda Buenavista, Viotá, Cundinamarca. Ricardo Moros Urbina, *Álbum de dibujos del natural*, 1883-1888, lápiz, papel industrial 9,5×6,3 cm. CO.AGN.AP/RMU//1.2, Archivos Privados, Archivo General de la Nación, Bogotá.

montaron haciendas cafeteras. A finales del siglo XIX, Lucas Caballero afirmaba que [...] durante al auge de la industria cafetera todos, trabajadores, comerciantes, sacerdotes, ganaderos, cultivadores de caña, se habían beneficiado. En aquellos días “ser cafetero era un timbre de dignidad en los individuos y en el título de consideración de las gentes”.¹²

Entre ellos, aunque no en forma exclusiva, debe mencionarse y destacarse el grupo de los antioqueños. Se trataba de personas procedentes de esta región vinculadas a Bogotá, en donde habían hecho o acrecentado sus fortunas a partir de la independencia, especialmente en el campo del comercio. Así, se formó una fuerte colonia de empresarios cafeteros antioqueños –los Montoya, Sáenz, Lorenzana, Ospina, Herrera Restrepo, Rivas Mejía, etc.– y según Camacho Roldan, en Sasaima los hacendados eran antioqueños. Parece que Tyrrel Moore, un inglés que durante tres décadas se había afincado en Antioquia, en donde



En la imagen se aprecia una máquina descerezadora de café, en la hacienda Buenavista, en Viotá, Cundinamarca. Ricardo Moros Urbina, *Álbum de dibujos del natural*, 1883-1888, lápiz sobre papel industrial, 16,4×16,5 cm. CO.AGN.AP/RMU//1.3, Archivos Privados, Archivo General de la Nación, Bogotá.

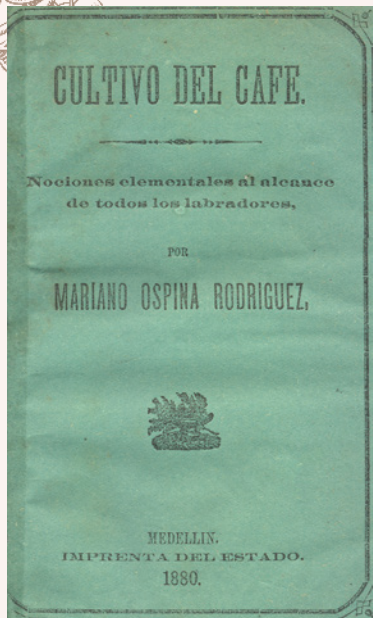
contribuyó notoriamente al desarrollo de la minería y de sus técnicas de producción, fue quien montó la primera hacienda cafetera de Cundinamarca, en la región de Chimbre, hacia 1864. Ya hemos mencionado a algunos autores dedicados a escribir ensayos para promover el cultivo del café, oriundos de esa región, y que además tenían importantes empresas cafeteras.

Lo que caracterizó la producción de café en Cundinamarca fueron las grandes haciendas, con una mano de obra en la que los arrendatarios y aparceros eran un elemento fundamental. El arrendamiento, en las haciendas de esa zona, consistía en la entrega al campesino de una parcela en usufructo, para su subsistencia. Se le prohibía sembrar café y se le daba casa de habitación. En contraprestación, el arrendatario debía trabajar en la hacienda

12 Citado en Charles Bergquist, *Café y conflicto en Colombia, 1886-1910. La Guerra de los Mil Días, sus antecedentes y consecuencias*. Medellín: FAES, 1981, p. 120.



Los Ospina y la relación con la FNC y Centroamérica



Mariano Ospina Rodríguez, *Cultivo del café. Nociones elementales al alcance de todos los labradores*. Medellín: Imprenta del Estado, 1880.

Las relaciones de Colombia con Centroamérica en materia de café se remontan a la segunda mitad del siglo XIX, cuando hombres de negocios colombianos vieron el potencial económico de este cultivo en países como Guatemala, El Salvador y Costa Rica.

Un ejemplo de ello fueron las actividades que realizaron integrantes de la familia Ospina, quienes buscaron replicar, en el país, los conocimientos adquiridos durante diferentes exilios en Centroamérica. Inicialmente, Mariano Ospina Rodríguez y familia encontraron refugio en Guatemala en 1863, donde se vincularon a las haciendas cafeteras de los jesuitas; más tarde, su hijo Tulio Ospina Vásquez estuvo exiliado en Costa Rica en 1877. De estos países, los Ospina se hicieron con nuevos conocimientos sobre el funcionamiento de plantaciones, la administración de las fincas cafeteras y aprendieron lo relacionado con el beneficio del grano.

A su retorno, finalizando la década de los setenta, establecieron fincas cafeteras en el suroeste de Antioquia, y Mariano Ospina Rodríguez tuvo la oportunidad de promover el cultivo del café, mediante la publicación del manual *Cultivo del café. Nociones elementales al alcance de todos los labradores*, publicado en 1880 por la Imprenta del Estado de Antioquia. Los Ospina se convirtieron en importantes cafeteros e impulsores de la industria en Colombia. Esta actividad les permitió, desde sus inicios, ser parte activa de la FNC y, a través de ella, continuar las relaciones con Centroamérica a lo largo de los años.¹

Ejemplo de estas relaciones entre la FNC y Centroamérica fueron, además, los estudios promovidos entre 1938 y 1951 sobre la producción centroamericana, por ser referentes de excelencia y calidad, en el caso de Costa Rica y El Salvador.

En los estudios se identificaron aspectos diferenciadores en cuanto al grano y la rentabilidad que hacían exitosa la industria centroamericana. Aspectos como las técnicas de beneficio: en Costa Rica y El Salvador se llevaban a cabo de manera uniforme, homogénea y de forma colectiva en grandes centrales; técnicas especializadas de recolección, basadas en el cuidado de selección, diferente del corte por parejo efectuado en Colombia; tecnificación en el secado y lavado, perfeccionando el rastrilleo y la clasificación; y técnicas mecanizadas del molino utilizadas en El Salvador. Además de las experiencias sobre producción, se hallaron técnicas como el uso de la pulpa del café para elaboración de abono “humus” utilizado para el empobrecimiento de los suelos y la alimentación del ganado.²

La Federación también identificó la posibilidad de hacer réplicas en cuanto a centrales de beneficio, pero existían varios obstáculos: malas vías de comunicación, distancias entre zonas cafeteras y posibles beneficiaderos, dificultades para estandarización de zonas de producción y asignación de créditos. Era un hecho que las experiencias internacionales daban un parámetro para que la industria cafetera colombiana avanzara y la inversión de capitales se hiciera rentable; pero para que esto sucediera, los estudios revelaban que era necesario solventar las necesidades más apremiantes a mediados del siglo XX, que tenían que ver con la modernización tecnológica, el mejoramiento de costos de producción: mano de obra, tecnificación de labores de cosecha y beneficio, además del mejoramiento de servicios de educación y salud en las zonas cafeteras.³

Elaborado por: integrantes Grupo Historia Empresarial, Universidad EAFIT.

de manera gratuita cierto número de días y prestar su servicio como asalariado cuando se le requiriera, especialmente durante la cosecha, con un salario que por lo regular era más bajo que el ordinario.¹³ La consecución de mano de obra suficiente, en especial durante la cosecha, siempre ha sido uno de los problemas que enfrenta la caficultura. En las haciendas trataban de solucionarlo ligando al campesino trabajador en la forma descrita. A la larga, esto creó una serie de problemas, sobre todo en períodos de alto crecimiento económico, como el de los años veinte del siglo XX, cuando las obras públicas y el despigue de la industria empujaron los salarios al alza y el arrendatario quiso liberarse de las ataduras contractuales. Este fue uno de los elementos que motivó el descontento social y las protestas que caracterizaron este período, e influyeron en el debilitamiento de las haciendas cafeteras en Cundinamarca y el oriente del Tolima. Por lo demás, algunas de las reformas que se intentaron para el campo, durante el gobierno de la “Revolución en Marcha” de Alfonso López Pumarejo, tuvieron como objetivo paliar esa situación.

Desplazamiento al occidente: Antioquia, Caldas, Tolima, Valle

Durante el último decenio del siglo XIX, conocido en lo político como la *Regeneración*, se dio la principal bonanza de ese siglo, representada en el aumento de precios internacionales y en la ampliación del territorio dedicado al cultivo del café, especialmente en Cundinamarca y Tolima. En Santander, la

expansión de la producción fue moderada, y en Antioquia, donde ya se venía cultivando desde hacía dos o tres décadas, también se dio una expansión, aunque en menor medida.

La Guerra de los Mil Días, que se desató entre 1899 y 1902, tuvo un fuerte efecto negativo en muchos campos. En cuanto al café, con las levadas forzadas, las muertes y los lisiados, se agravó el problema de la mano de obra, y con las acciones bélicas y el abandono quedaron destruidas e inservibles las vías de comuni-



“Trasplante de cafetos - Transplantation of plants”, Sociedad de Mejoras Públicas, *Tarjetas postales Unión Universal de Correos*. Medellín: Casa proveedora Ed. Víctor Sperling, Leipzig, s.f.

¹³ M. Arango, *Café e industria 1850-1930*, op. cit.